

**PERDONAR NOS MANDA DIOS.**



# PERDONAR NOS MANDA DIOS,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON NARCISO S. SERRA.**

(IMITADO DEL HIJO PRÓDIGO DE ALARCÓN.)

Representado en el Teatro Español en Noviembre de 1870.

---

**MADRID:**

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1870.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

ROSARIO.....	SRA. D. <sup>a</sup> MATILDE DIEZ.
SIMONA.....	SRA. D. <sup>a</sup> EMILIA DANSANT.
GILA.....	SRTA. D. <sup>a</sup> PIA NAVARRO.
DON PEDRO.....	SR. D. JOSÉ VALERO.
GINÉS.....	SR. D. MANUEL CATALINA.
EL VIZCONDE.....	SR. D. FLORENCIO ROMEA.
EL MARQUÉS.....	SR. D. JUAN CASAÑÉ.
PASCUAL.....	SR. D. MARIANO FERNANDEZ.
UN MÉDICO.....	SR. D. FRANCISCO OLTRA.

La acción pasa en Navalmorales, pueblecito  
cercano á los montes de Toledo.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José Serra y Ortega, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los Comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



---

## ACTO PRIMERO.

---

Casa blanca: al foro, reja por donde se ve la calle  
puerta que da á las habitaciones interiores: á la de-  
recha, en primer término, el cuarto del Marqués; en  
segundo, la puerta de entrada; á la izquierda, el  
cuarto de Rosario (con llave); en el primer acto luz  
en la escena; en una de las paredes un crucifijo. Del  
primero al segundo acto pasan tres años.

### ESCENA PRIMERA.

PEDRO y SIMONA, sentados y rezando.

PEDRO. Para que en el cielo estén  
por siempre unidos y juntos  
nuestros queridos difuntos.  
Dios les de su gloria.

SIMONA. Amen... (Breve pausa.)

Ya se acabó la oración.

PEDRO. Y es muy tarde.

SIMONA. Qué hora es?

PEDRO. Son las once, ves? no ves? (Mirando al reloj.)

SIMONA. Qué he de ver?

PEDRO. Las once son, (Se levantan.)

y Rosario aún no ha venido  
de la maldita tertulia  
de casa de doña Julia

- la boticaria.
- SIMONA. Haber ido  
tú con ella.
- PEDRO. Eso es.
- SIMONA. Así  
la traerías á su hora;  
y no que se encuentra ahora  
sola.
- PEDRO. Ya se ve que sí.  
No ir allí no me da pena,  
á mí el tiempo se me pasa  
mejor rezando en mi casa  
que murmurando en la agena.  
Y la niña es obediente,  
humilde y respëtuesa,  
yo la mando cualquier cosa  
y casi nunca consiente.
- SIMONA. Es que eres muy regañon,  
que tienes muy poca miel.
- PEDRO. No, Simona, es que aquel  
corazon, no es corazon.  
Ella con su orgullo, necia,  
cree ser mucho para otros,  
y á nosotros, á nosotros,  
ay! Simona, nos desprecia.
- SIMONA. Que nos desprecia?
- PEDRO. Sí tal;  
y ese desprecio es su ruina;  
la senda porque camina  
es la que conduce el mal.  
¿La has visto, dí la verdad,  
alguna vez confundirse,  
alegrarse y divertirse  
con las chicas de su edad?  
Nada del campo la agrada,  
ó lo que es no comprendo;  
en casa siempre leyendo,  
no da nunca una puntada;  
algunas veces me empeño  
en saber por qué suspira,  
la hablo, y absorta me mira  
como quien sale de un sueño:

tú, que llevas todo el peso  
de la casa, eres ya vieja;  
te cansas, y ella no cesa  
en su indolencia por eso.  
Esto, qué quiere decir?  
si no hay en todo el lugar  
cosa que la haga gozar  
ni que la haga sonreír,  
es claro que está soñando  
de un modo tenaz y aleve,  
con un porvenir, que debe  
realizarse... no sé cuándo.  
El cólera se llevó  
á sus padres en un día;  
su-madre, pobre hija mía!  
llorando me la entregó:  
—sea usted su padre—dijo:  
y yo se lo prometí,  
lo prometido cumplí.  
Yo la quiero como á un hijo,  
y ella, la pérfida, ingrata,  
viendo que por ella muero,  
que como padre la quiero,  
comó á padrastro me trata.

SIMONA. Esos son extremos.

PEDRO. No,

no tienen nada de extremos.

SIMONA. Tú la quieres... la queremos  
por igual, tú como yo.

¿Pues por qué yo no me quejo  
de que ella á mí no me quiera?

y me quiere... á su manera,  
y por eso yo la dejo.

¿Por qué á mí no me tentó  
con sus dudas Belcebú?

PEDRO. ¿Por qué, mujer? porque tú  
eres más débil que yo;

porque tu cariño abona  
todos sus gustos y antojos,

y por que tienes los ojos  
yo no sé dónde, Simona.

SIMONA. No haces más que explotar.

- PEDRO. Y qué quieres? ese es mi...  
mi lado flaco.
- SIMONA. Y así  
das á las gentes que hablar.  
No sé, viendo lo que pasa  
aquí el Marqués, nuestro herido,  
cómo es que no ha conocido  
que no hay paz en esta casa!
- PEDRO. No habrá fijado atencion,  
en sus males al pensar,  
ó si lo ha visto, callar  
es de buena educacion.
- SIMONA. Y qué fino es, tiene un tino  
en todo tan delicado...  
es muy fino.
- PEDRO. Demasiado.
- SIMONA. Cómo?
- PEDRO. Nada, que es muy fino.  
Herido me le encontré,  
reventada la escopeta,  
en el pecho la baqueta,  
le traje aquí y le curé.
- SIMONA. Y todo lo necesario  
ha tenido aquí.
- PEDRO. Sí, sí.
- SIMONA. Contento estará de mí  
y mucho más de Rosario:  
con cuánto, con cuánto amor,  
por dar descanso á su abuela,  
pasaba noches en vela...
- PEDRO. Bah! como que era un señor  
por quien las pasaba.
- SIMONA. Y qué?  
siempre las pasaba.
- PEDRO. Cierto:  
otro, aunque se hubiera muerto...  
pero un señor... ya se ve.
- SIMONA. Hum... siempre tú mal pensado.
- PEDRO. Es que me saca de tino...
- SIMONA. Dale, el Marqués es muy fino,  
es muy fino.
- PEDRO. Demasiado!

ESCENA II.

DICHOS, GILA, PASCUAL.

- GILA. Anda, déjame. (Corriendo á refugiarse en Simona.)  
SIMONA. Eh! qué es esto?  
GILA. Es... es... él.  
SIMONA. Pascual?  
GILA. Pascual.  
PASC. Yo? Perdon si...  
GILA. Está furioso,  
y me queria abrazar  
ántes de casarnos; vaya,  
esto es una iniquidad.  
PASC. Perdona, estoy convencido  
de que soy un animal;  
pero el diablo, y la ocasion,  
y la tentacion... y la...  
Gila, ya ustedes lo saben,  
es mi novia, y voto á san!  
no ha querido á novia novio...  
con más fatigas y más...  
como paso yo por ella,  
y todo por aguardar  
á que junte un dote.  
PEDRO. Justo,  
no hay cosa más natural.  
PASC. Si lo será, pero á mí  
me muele tanto esperar.  
Estaba allá en la cocina,  
y dale que le darás  
al cazo y la cacerola  
para hacernos de cenar,  
y se arremangaba un brazo  
con un garbo y una sal...  
y van y vienen cantares,  
y entre uno y otro cantar  
se me marchó la cabeza  
á pájaros, y allá va;  
la quise dar un abrazo,  
que es un pecado venial...

entre dos que bien se quieren...  
tengo razon... no es verdad?  
Pero como ella es así...  
tan fuerte, tan montaráz,  
me arrimó un cachete... vamos,  
que me ha hecho ver la mitad  
de estrellas que hay en el cielo,  
y se ha venido á amparar  
de ustedes.

SIMONA. Y ha hecho muy bien,  
y solamente ha hecho mal  
en no haberte dado treinta  
pescozones.

PASC. Arre allá;  
pues si aún tengo este carrillo  
que echa chispas.

SIMONA. Pues no hay más.

PEDRO. Gila es tu novia.

PASC. Mi novia.

PEDRO. La debes de respetar  
si la quieres por mujer.  
La pureza es un fanal  
que hasta del aire se empaña,  
y empañado...

PASC. Bien está;  
yo seré otra vez prudente:  
el caso es que Gila es tan...  
Y cómo contiene uno  
el impulso natural  
que propende... que propende...  
vamos... que propende á...  
Y como hace tanto tiempo  
que somos novios, y están  
tan frias las noches... vamos...  
yo no puedo sosegar.

PEDRO. Hace tiempo, hace dos años  
ofrecí dotarla, mas  
conseguirlo no he podido;  
los tiempos vienen tan mal!...  
La contribucion aumenta;  
yo tuve una enfermedad,  
que solamente en botica

se me llevó un dineral.  
Todo esto son gastos que...  
ahora, si os quereis casar,  
id á buscar o'tro amo,  
yo no me opongo.

GILA. Jamás!  
dejar yo á ustedes? primero  
me llevaban á enferrar  
con palma.

PASC. Voto va cribas!  
por vida del preste Juan!  
dejar yo á ustedes, primero...  
vamos, seria capaz...  
de... de...

PEDRO. Bien, basta, hijos míos,  
los cielos os premiarán  
el amor que me teneis.  
Pero señor, qué hora es ya?  
las once y cuarto; anda, Gila,  
en un instante, á buscar  
en casa de doña Julia  
á Rosario, que allí está;  
tú echa pienso doble al macho,  
que tiene que trabajar  
mucho mañana; la oliva  
está verde y pinta mal:  
ea, vamos.

GILA. Quede usted  
con Dios.

PASC. Abur y mandar.

### ESCENA III.

SIMONA, PEDRO, despues GINÉS.

SIMONA. Son muy buenos chicos.

PEDRO. Sí,  
él es un hombre leal  
y trabajador.

SIMONA. Y ella?

Ella es de lo que no hay...

GINES. Buenas noches. (Entrando.)

- PEDRO. Buenas noches.
- SIMONA. Calla! Ginés, no te has acostado?
- GINES. No señora;  
he estado en casa de la boticaria de tertulia, y no he querido pasar sin dar á ustedes las buenas noches.
- SIMONA. Parece que estás triste?
- GINES. Quién? yo? no hay tal cosa, no vaya usted á pensar que yo tengo nada de eso: tonterías nada más.
- SIMONA. Nada más que tonterías?
- GINES. Y usted, buen viejo, qué tal?
- PEDRO. Vamos talcualillamente, no obstante la mucha edad.
- GINES. Cuántos?
- PEDRO. Setenta, y un pico más largo que de Alcotán.
- GINES. Caramba!
- PEDRO. Dios te dé á tí otros tantos.
- SIMONA. Ojalá!
- GINES. Muchas gracias, no los quiero si he de vivir siempre tan... me sobran muchos.
- SIMONA. Qué dices?
- GINES. cuando yo digo!
- GINES. No hay más; bien el Señor lo ha dispuesto, morir para descansar.
- SIMONA. Cómo no has acompañado á Rosario?
- GINES. Ella querrá mejor que mi compañía, que al cabo es la de un patan, el venirse á casa sola: es decir, sola con la criada y el Marqués, porque

- yo escasamente sé hablar,  
mientras que el Marqués... es claro...
- PEDRO. Ya muy poco tardará...  
anda á preparar la mesa,  
para en viniendo cenar.
- SIMONA. Allá voy: adios, Ginés.
- GINES. Adios, madre.
- SIMONA. Ah! si me das  
ese nombre, me desarmas,  
y te quiero regañar  
por estar triston.
- GINES. Yo? no...
- SIMONA. Tú, sí, vaya. (Qué tendrá?)

#### ESCENA IV.

PEDRO, GINÉS.

- PEDRO. Ginés, mírame á la cara,  
mírame sin vacilar,  
y lleva la mano al pecho  
y dí si tranquilo está;  
no bajes los ojos, mírame.
- GINES. No puedo.
- PEDRO. No puedes? Ay!  
es que entre tú y tu conciencia  
puede la conciencia más.  
Tú nutres dentro del alma  
callando muy grave mal:  
si es un pecado, lo siento:  
si es desdicha, cuál podrá  
ser, que no logren mis canas  
y mi aprecio conjurar?  
Crees que te quiero?
- GINES. Sí.
- PEDRO. Allá en tu pueril edad,  
te mecía en mis rodillas,  
más fuertes que ahora lo están,  
y de niño me llamabas  
tu padre.
- GINES. Y es la verdad;  
muerto mi padre, usted ha sido

quien hizo veces de tal;  
usted conservó mi hacienda,  
teniendo que pelear  
con parientes codiciosos;  
á usted le debo hasta el pan  
que como.

PEDRO.

Dejemos eso.

Yo tuve mucha amistad  
con tu padre, y de ese modo  
se la queria probar.

Vamos al caso: eres huérfano  
y eres ya mayor de edad;  
cultivas tu hacienda bien,  
y tu hacienda es regular,  
no tienes deudas, no sufres  
ninguna calamidad  
de esas que le hacen al hombre  
su existencia detestar;  
por qué es, pues, esa tristeza?  
porque tú estás triste.

GINES.

Ay!

PEDRO.

Ahora recuerdo: hace un mes,  
sí, un mes, te ibas á casar  
con Rosa, y no te casaste  
por una puerilidad;  
es que te pesa el haber  
roto ese enlace?

GINES.

No tal,  
si yo puse la tranquilla  
solamente para...

PEDRO.

Ya!

luego tienes otro amor?

GINES.

Yo? Me hará usted reventar;  
y condenado me vea  
si yo pensaba jamás  
en decir una palabra,  
si no en sufrir y callar.

PEDRO.

Callar y sufrir? Por qué?

GINES.

Porque sí, porque ella...

PEDRO.

Está

casada?

GINES.

Dios no lo quiera.

- PEDRO. Entónces, á qué es andar  
con rodeos? se lo dices.
- GINES. Se lo digo?
- PEDRO. Y os casais  
si ella quiere.
- GINES. Y si no quiere?
- PEDRO. Si ella no quiere, no hay más  
que resignarse.
- GINES. Y morir  
de tédio en la soledad,  
es cierto; ese es mi sino,  
y en vano quiero excusar...
- PEDRO. Pero ven acá, muchacho;  
estás loco, ven acá:  
ella no es casada?
- GINES. No.
- PEDRO. No tiene ningun galan?
- GINES. Que yo conozca, ninguno.
- PEDRO. Pues entónces, voto va!  
por qué no te atreves?
- GINES. Yo?  
me da tanta cortedad,  
y si, como estoy seguro,  
ella me recibe mal...
- PEDRO. Por qué te ha de recibir?...  
es tu hacienda regular,  
y la manejas muy bien;  
eres honrado y leal,  
eres robusto, eres jóven,  
no eres terco ni holgazan,  
y sin ser un querubín,  
de figura no estás mal:  
la más rica de este pueblo,  
si á ella te acercas, tendrá  
que darse por muy contenta.  
Conque, quién es?
- GINES. Voto á san!  
usted lo quiere saber  
y á mí no me cabe ya  
en el pecho este secreto,  
que es mi tormento, mi afan,  
mi dolor y mi alegría,

mi vida y mi muerte al par.  
Yo pensé, pobre de mi,  
que con el tiempo, y con la  
ausencia y otra mujer,  
la lograría olvidar;  
por eso traté mi boda  
con Rosa, y la quebré ya,  
porque á ella no le interesa  
y mira con igualdad  
que sea yo muy feliz  
ó me cuelgue de un nogal;  
y yo la quiero, la quiero  
tanto, que no puedo más:  
este amor es mi existencia,  
mi gloria, mi único afán,  
y Dios, que manda en las almas,  
quiso en la mía clavar  
esta pasión invencible  
que consumiéndome está,  
para hacerme ver un cielo  
cuando por casualidad  
sueño con ella dormido.  
¡Oh qué hermoso es el soñar!  
Ella es Rosario.

PEDRO.

Rosario!

Rosario has dicho?

GINES.

Cabal.

PEDRO.

Rosario... pobre Ginés.

GINES.

Antes de saber amar  
ya la amaba; me creía  
su hermano, engaño falaz!  
Trascurrió el tiempo, el deseo  
me empujaba más y más,  
y hoy la quiero, hoy la adoro  
con toda mi voluntad.

PEDRO.

Infeliz!

GINES.

Usted no aprueba...

PEDRO.

Cómo tengo de aprobar  
que en una estatua de bronce  
pongas tu afecto? No hay más,  
tiene el corazón vacío.  
Si por algo late, ahí!

es por ambicion y orgullo,  
y mentira y vanidad.  
Tus flores, pobre hijo mio,  
siembras en un arenal  
que no da plantas ni frutos,  
porque no los puede dar.  
Te compadezco... la quieres?

GINES. Cual no se quiso jamás.

PEDRO. Pues bien, háblala.

GINES. Yo?

PEDRO. Píntala

las delicias del hogar  
tranquilo, de la ventura  
de no ver un más allá,  
de la quietud, de lo bien  
que sabe ganado el pan,  
del casto sueño del niño  
en el seno maternal,  
de tu amor, de todo aquello  
con que la puedes brindar,  
y por mi parte te ayudo  
poniendo mi autoridad  
de la tuya, y si se ablanda...  
pero no se ablandará;  
la conozco.

GINES. Usted la quiere.

PEDRO. Mas la quiero á mi pesar.

GINES. La quiere usted sin querer?  
pues á mí me pasa igual.

PEDRO. Pues qué más desearía  
yo, si no mirarla en paz  
establecida contigo,  
y ver en torno á mi hogar  
á tus hijos, que eran suyos,  
pedazos de su alma... ah!  
no querrá Dios que esa dicha  
logre yo en mi ancianidad;  
sin embargo, háblala tú...

GINES. Pues silencio, que aquí está.

ESCENA V.

DICHOS, BOSARIO, MARQUÉS, GILA.

- PEDRO. Gracias á Dios que has venido.  
ROS. Pues qué hora es?  
PEDRO. Las once y media.  
MARQ. Lo ménos hemos tardado  
una en salir de la jerga  
de esas calles empinadas,  
desempedradas y negras.  
Pues ¿y el piso? vaya un piso;  
el no romperse una pierna,  
es un milagro del cielo,  
en cuanto la luz se aleja.  
Qué falta de policía!  
en qué mil demonios piensa  
el ayuntamiento, que  
no alumbra y nó pone aceras?
- PEDRO. En dar á los pobres pan,  
que jornal seguro tengan,  
en caminos vecinales  
y cómodas carreteras.
- MARQ. Pero en el pueblo...  
PEDRO. En el pueblo  
excusada es la monserga  
de aceras y de faroles.  
Como los que en él se albergan,  
en siendo el anochecer  
ó poco más, ya se acuestan,  
mientras que duermen tranquilos,  
de seguro no los echan  
de ménos.
- MARQ. La boticaria,  
que es una señora...
- PEDRO. Necia,  
tonta, vana y presumida:  
mil veces la he dicho á esta  
que no me gusta su trato,  
y por lo mismo se empeña  
en hacerme á mí la contra.

- ROS. Eso es, usted quisiera tenerme como una esclava; tratarme como á una negra. Qué malo es que á doña Julia, como me quiere la quiera? Me gusta su trato mucho; es muy fina, muy atenta; ella me enseña á bordar, á hacer calados; me presta libros; en fin, es mi amiga.
- PEDRO. Y la amiga verdadera: si te vieres en un lance apretado, ya iba ella á sacarte de él; de fijo. Lo que es, es una embustera, que al viejo de su marido le trastorna la cabeza.
- ROS. Eso es, no siendo fanático como es usted, ya se peca.
- PEDRO. Rosario!
- ROS. Tengo razon, mucho rezo y mucha iglesia, y luego hablar mal del prójimo: buena caridad es esta!
- PEDRO. Mira lo que hablas, Rosario, que soy tu abuelo: respeta...
- ROS. Es usted mi abuelo, y qué! la casualidad...
- PEDRO. Funesta filosofía.
- MARQ. Por Dios, no haya entre ustedes reyertas; no amarguen mi despedida más de ese modo.
- GINES. (Se aleja.)
- MARQ. Este techo hospitalario, donde pude de mi adversa suerte conjurar las iras, no turben vanas quimeras.
- PEDRO. Cuándo es la marcha?
- MARQ. Mañana: he escrito á Madrid, me esperan...

de aquí á Toledo es muy corta  
la distancia.

SINES.

Legua y media.

MARQ.

Desde Toledo, en el tren,  
á Madrid daré la vuelta,  
mas nunca podré olvidar  
lo que dejo en esta aldea.

ROS.

(Lo dice por mí.)

PEDRO.

Mil gracias;

lo que yo hice, lo hiciera  
todo el mundo; pero vamos,  
que nos aguarda la cena.

## ESCENA VI.

DICHOS, el VIZCONDE, PASCUAL.

VIZC.

Quitate, bruto.

PASC.

Es que yo...

ya se ve, no conociendo...

VIZC.

Marqués!

MARQ.

Vizconde!

VIZC.

Un abrazo

y otro abrazo, y otros ciento;  
dispensen ustedes si  
sin saludar aquí entro;  
pero es tanta la alegría  
y el regocijo que siento...

No bien recibí tu carta,  
mandé engancharan y vengo...  
verás un coche magnífico,  
verás un tronco soberbio,  
le he comprado ántes de ayer  
y tiene muy buen estreno;  
en él te irás á Madrid,  
en la posada le tengo...  
Vaya, vaya, nos has dado  
un susto... chasco completo,  
extraviado y perdido  
en los montes de Toledo.  
¿quién hablaba de ladrones...

quién suponía un secuestro...  
quién decía que una ninfa,  
que tiene muy rubio el pelo,  
te hizo robar para ella  
y que te tenía dentro  
de un palacio de marfil,  
en un pabellon chino; en fin,  
chico, mil mentiras:  
pregunté á tu compañero  
de caza, el conde, y el pobre  
estaba muerto de miedo  
por no haber podido hallarte,  
todo el bosque recorriendo;  
dice que no vuelve á caza  
aunque la den el capelo;  
y tú, entre tanto, callado...

MARQ. No tal; á mi tío Cleto  
escribí, mas sin respuesta...

VIZC. Si está en Lóndres hace medio  
mes!

MARQ. Ah! yo no lo sabía.

VIZC. Así ni gato ni perro  
daba señas tuyas, hasta  
que me escribiste, y yo vengo.

PEDRO. Para hacerle compañía  
en su viaje de regreso?  
bien me parece, muy bien;  
pero estamos á todo esto  
sin cenar: si es que usted gusta...

VIZC. Gracias.

MARQ. Yo tampoco ceno;  
prefiero hablar con mi amigo.

PEDRO. En ese caso, hasta luego.

VIZC. Á los piés de usted. (Á Rosario.)

ROS. Adios.

MARQ. Adios.

VIZC. (Es como un lucero.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS, el VIZCONDE.

- VIZC. Esa cara... y ese traje...  
y cómo te mira.
- MARQ. Pues.
- VIZC. Calla, tendremos...
- MARQ. No, es...  
es una virtud salvaje;  
es mi enfermera.
- VIZC. Quisiera,  
aunque lo que es hasta hoy duermo  
muy bien, encontrarme enfermo  
por tener esa enfermera.
- MARQ. Á la cabecera mia,  
mal despierto ó mal dormido,  
y moribundo y herido,  
casi siempre la veia;  
y eran tales mis antojos  
y me hacia tanto bien,  
que la veia tambien  
cuando cerraba los ojos.  
Cuando pienso que me ví  
tan cercano de la muerte,  
á no haber hecho la suerte  
que me trajeran aquí;  
qué me hubiera sucedido?  
qué es lo que de mí seria?  
á buen seguro, estaria  
ya por los lobos comido.  
Tiré un tiro, y la escopeta,  
al tiro, se reventó,  
no sé cómo, y me metió  
por el pecho la baqueta.  
No sé, ni el tiempo calculo  
que permanecí tendido;  
cuando recobré el sentido  
me encontraba sobre un mulo,  
y oí una voz que decia:  
—Valor, tenga usted valor,

no desespere, señor,  
porque hay vida todavía.—  
Era don Pedro: me trajo  
á su casa y me curó;  
yo te aseguro que no  
le costó poco trabajo.  
Desesperado el doctor,  
renegaba de su ciencia;  
enconada mi dolencia,  
ya iba mejor, ya peor.  
Rosario, en tanto, la nieta,  
las medicinas me daba,  
y mis delirios velaba  
tan hermosa, tan discreta.  
Porque es muy discreta.

VIZC.

Ya.

MARQ.

Algo de humo, mas presumo  
al cabo que, siendo humo,  
como humo se deshará.

VIZC.

Ay! te veo enamorado.

MARQ.

Creo que sí, lo confieso.

VIZC.

Cásate.

MARQ.

Tanto como eso...

amante sí, mas casado ..

VIZC.

Oh! pues yo que tú lo hacia,  
quitándome trapantojos,  
sólo por dar en los ojos  
á Lucía.

MARQ.

Qué? Lucía...

VIZC.

Te fué fiel dos dias, tres;  
pero creyéndote muerto,  
dejó al cabo que en su puerto  
entrase otra nave, pues.  
Sanchez, es un viejo enclenque,  
pero hace las cosas bien;  
la ha puesto una casa en  
la Plazuela de Celenque.  
El entendimiento aguza  
por darla gusto, y así  
ella se acuerda de tí  
como yo del moro Muza.

MARQ.

La infame, que me juraba...

VIZC. Siempre juran y despues...

MARQ. No más Lucía.

VIZC. Eso es.

MARQ. Y yo por ella dejaba  
á Rosario; con su vario  
proceder me ha convertido:  
vaya al olvido.

VIZC. Al olvido.

MARQ. Vale mucho más Rosario.

Esta noche pienso ..

VIZC. Sí?

MARQ. Cuando en un sueño profundo  
durmiendo esté todo el mundo,  
yo me visto, vengo aquí,  
y caso de que consiga  
mi intento...

VIZC. Por Belcebú,

qué intentas?

MARQ. Ya verás tú;

que me siga.

VIZC. Que te siga?

MARQ. Calla, vienen.

VIZC. Y ese ultraje

vas á inferirles con todo  
conocimiento? buen modo  
de pagar el hospedaje!

## ESCENA VIII.

DICHOS, D. PEDRO.

MARQ. Hola! se ha cenado?

PEDRO. Sí,

y vengo... porque el señor  
creo que me hará el honor  
de estar alojado aqui  
esta noche.

VIZC. Yo agradezco

tanto favor.

PEDRO. No hay de qué,

una cama dispondré;  
otro cuarto no le ofrezco

que el del Marqués, porque no le tengo. Gila, muchacha, pon una cama, despacha, en ese cuarto.

VIZC. No, yo...  
no soy exigente.

MARQ. Pues  
muy buenas noches.

VIZC. Buen sueño.

PEDRO. (No te saldrás con tu empeño, si lo que yo creo es.)

### ESCENA IX.

D. PEDRO, GINÉS.

PEDRO. (Llamando.) Ginés?

GINÉS. Aquí estoy.

PEDRO. Aquí

la esperas, voy á llamarla; al alma debes hablarla y no temas...

GINÉS. Ay de mí!

y quién no teme si ama?  
quién no tiene miedo?

PEDRO. Pues

una doncella, no es ningun toro de Jarama.

(Sale Gila del cuarto del Marqués, y se va á las habitaciones interiores.)

Ea, valor, pese á tal!  
en Dios confianza ten,  
y todo acabará en bien.

GINÉS. (Ó todo acabará en mal.)

### ESCENA X.

GINÉS, solo.

GINÉS. Voy á hablarla: extrañará mi lenguaje; la diré que muero por ella, y que... valor, Dios mio! aquí está.

ESCENA XI.

GINÉS, ROSARIO.

- Ros. Ginés, me ha dicho el abuelo  
que me llamabas.
- GINÉS. Yo? sí,  
tenemos que hablar de... di,  
no tienes ningún recelo  
de lo que será?
- Ros. Yo, no.
- GINÉS. Qué te dice mi mirada?  
Mujer, no la encuentras nada  
de particular?
- Ros. Quién? yo!
- GINÉS. no por cierto.  
Sí por cierto,  
que sufro penas y enojos:  
no te dicen estos ojos  
que estoy muerto?
- Ros. Que estás muerto?
- GINÉS. Muerto, 'sí, muerto de amor,  
porque este amor, esta llama  
que mi corazón inflama,  
me mata con su calor.  
Es un pesar, un tormento,  
un afán con el que lucho,  
y siento... yo siento mucho,  
pero no sé lo que siento.  
Preso de angustia mortal,  
cual náufrago entre las olas,  
y conmigo mismo á solas,  
bendigo mi propio mal.  
Quiero quejarme, y no puedo,  
tengo hasta miedo de hablar,  
y me decido á callar,  
y de callar tengo miedo.  
Tengo miedo á esta pasión  
que aquí en el corazón yace,  
y siento que se deshace  
en llanto mi corazón.

Es luz que en el alma prende  
y allí en el alma riela,  
es un fuego que me hiela,  
es un hielo que me enciende.  
Si esto es amor, si el dolor  
que yo sufro así se llama,  
desdichado del que ama,  
con tan insensato amor.

ROS. Y qué teimes?

GINES. Su desden.

ROS. Y no hay medio alguno, di?...

GINES. La felicidad... oh! sí,  
que ella me quiera!

ROS. Pues bien,  
díselo.

GINES. No estoy diciendo?  
ya más ¿qué puedo decir?  
Si me está viendo morir,  
me está viendo, me está viendo!

ROS. Qué dices?

GINES. Que en vano imploro  
compasion; no me comprendes,  
Rosario, cuando no entiendes  
que eres tú la que yo adoro.

ROS. Yo? Desdichado de tí!

GINES. Como los dos nos amemos,  
mira, Rosario, podremos  
ser muy felices aquí.  
Á la orilla de este rio,  
que entre peñas se desata,  
mirando como retrata  
tu rostro y el rostro mio.  
Al oír que en el aire trina,  
subir al árbol crecido  
y traerte en la mano el nido  
de la alondra campesina.  
Á la sombra de un castaño,  
pisando flor de romero,  
poner tu nombre al cordero  
más hermoso del rebaño.  
Grabar, sin ser escultor,  
de un chopo en el tronco verde

una fecha que recuerde  
nuestra dicha y nuestro amor.  
Salir á ver los egidos,  
y á la iglesia, y á las eras,  
mi bien, á dónde tú quieras,  
siempre juntos, siempre unidos.  
Querer por solo querer,  
gozando la dicha humana  
sin pensar en el mañana,  
sin recuerdos del ayer.  
Dónde hay ventura mayor?  
quién te ofrecerá, ángel puro,  
un porvenir tan seguro  
como te ofrece mi amor?  
Callas? callas? ¡Voto á quien!...  
me estoy muriendo de afán;  
mira, yo soy muy patán,  
pero sé querer muy bien.  
Sigues callando? eso es  
que no puede entre los dos...  
Maldita sea...

Ros.

Por Dios,

no me maldigas, Ginés:  
quizá yo la única sea  
que con el nombre de esposa  
tuya, feliz y orgullosa  
no paseara la aldea.  
Quizá es mi sino fatal  
quien me aleja del Eden,  
quizá me ofreces el bien,  
y yo, ciega, escojo el mal.  
Pero si tal es mi sino  
que me hace rehusar tu mano,  
en vano, Ginés, en vano  
es luchar contra el destino.  
Sí, yo te quisiera amar  
y ámale le grito al alma,  
y sigue en calma... y en calma  
no obedece, á mi pesar.  
Quieres que te engañe?

GINÉS.

No.

Ros.

Quieres ser mi hermano? (Dándole la mano.)

- GINES. Sí.
- ROS. Tengo que pedirte....
- GINES. Di
- qué quieres de mí?
- ROS. Un favor.
- El Marqués...
- GINES. Viven los cielos!  
no te basta tu obra impía,  
sin que añadas todavía  
la ponzoña de los celos?  
Y es al Marqués, á ese infame,  
perdone si así le llamo...  
á quien amas?
- ROS. No le amo,  
pero quiero que él me ame.  
Escucha, siento vagar  
por mi mente... será un sueño,  
mas sueño con tal empeño,  
que es mi delicia soñar.  
Siento bullir en tropel,  
atronando mi cabeza,  
dias de gloria y riqueza  
y de fausto y oropel.  
Y siento que con ardor  
me contemplan otros séres,  
con envidia las mujeres  
y los hombres con amor.  
Y hay una hora, una hora,  
hora de inmenso placer!  
en que yo me juzgo ser  
de todo un mundo señora.  
Y hay asientos perfumados,  
y hay músicas y festines,  
y hay encantados jardines,  
y palacios encantados,  
y allí vivo yo, Ginés,  
allí tengo yo mi templo,  
y allí dichosa contemplo  
á todo el mundo á mis piés.  
En mi ambicion de mandar,  
no hallo obstáculos ni valla,  
todo mi voz lo avasalla,

gozar y siempre gozar.  
Y subir más alto y ver  
á mis plantas humillados  
títulos, honores, grados,  
gloria, riqueza y poder;  
y fatigarse y seguir  
trás lo imposible quizás...  
esto es vivir, lo demás  
es vejetar y morir.

Si te es la memoria fiel,  
recuerdas que puso Dios  
un secreto entre los dos...

GINES. Te echaste al cuello un cordel.

Si no entro oportunamente,  
te pierdo, del mismo clavo  
me cuelgo tambien, y acabo,  
que cuerpo muerto no siente.  
Corté la cuerda, y con tanta  
fuerza en el suelo caiste  
que...

Ros. Mírala, aún existe  
la señal en mi garganta.

Pues si aquí he de vejetar,  
si he de vivir siempre aquí,  
mil y mil veces, oh! sí,  
prefiero volverme á ahorcar,  
y aun bendeciré mi suerte.

GINES. Qué es lo que dices, Rosario?

Ros. Que este traje es mi sudario,  
que este lugar es mi muerte.

Soñando con loco empeño,  
al reparar que el Marqués  
me vió, me dije—esta es  
la realidad de mi sueño.—

Porque puede ser así,  
no ser solo una quimera;  
mas necesito estar fuera,  
lejos, muy lejos de aquí:  
la calentura me abrasa.

Eres mi hermano?

GINES. Y sincero.

Ros. Pues escucha, Ginés, quiero,

- quiero dejar esta casa.  
GINES. Y dónde vas?  
ROS. Á la córte,  
allí á lucir y brillar,  
á donde deben estar,  
las mujeres de mi porte:  
echada la suerte está,  
mi estancia aquí será corta.  
GINES. Y sin conocer...  
ROS. No importa,  
mi ambicion me guiará.  
Ya sé que en esta partida  
mucho arriesgo y mucho gano;  
el Marqués luego... no en vano  
me debe el Marqués la vida.  
Estoy decidida, quiero  
escuchar de mi alma el grito,  
mas para ello necesito  
dinero, mucho dinero.  
Escúchame bien, la hacienda  
de mis abuelos es mia,  
la vendo en llegando el día  
que mueran: fuerza es la venda,  
tres mil duros...  
GINES. Mucho más...  
ROS. Tengo bastante por hoy:  
los tienes?  
GINES. Hija, no soy  
capitalista.  
ROS. Podrás  
buscarlos?  
GINES. Creo que sí.  
ROS. Me los das y te la doy,  
te haré un papel... desde hoy,  
mi dicha pende de tí.  
GINES. Ojalá pendiera, hermosa,  
que aunque mermara la mia,  
de dicha te colmaria,  
solo por verte dichosa.  
ROS. Marcha mañana ei Marqués,  
mientras todo el mundo duerme,  
ha dicho que quiere verme

- en este cuarto.
- GINES. Eso es,  
con él, entre tanto yo...  
no le quieres?
- ROS. No le quiero.
- GINES. Pero es que sí...
- ROS. No hay más pero,  
te vuelvo á decir que no.
- GINES. (No, yo velaré.) Es que es  
muy duro y más que fatal,  
darte yo mismo el dogal  
para que me ahorques despues.  
Es claro, te irás, te irás  
sin acordarte de mi  
maldito, y yo en tanto aquí...
- ROS. No te olvidaré jamás.
- GINES. Sí, piensa en mí, piensa en mí,  
quizás esté cerca el dia  
que digas... hay todavía  
uno que me aguarda allí.

## ESCENA XII.

DICHOS, D. PEDRO, SIMONA.

- PEDRO. Ya es hora de descansar,  
Ginés, esto no es echarte,  
pero...
- GINES. Sí, voy...
- PEDRO. Á acostarte?  
Qué ha habido? (Bajo.)
- GINES. Nada. (Id.)
- PEDRO. Á olvidar...  
Estás malo.
- GINES. No señor.  
Muy buenas noches.
- SIMONA Y ROS. Muy buenas.
- PEDRO. (Van á matarle estas penas.)
- GINES. (Me va á matar este amor.) (Váse.)

ESCENA XIII.

DICHOS, menos GINÉS.

- PEDRO. Toda la noche de vela  
se ha pasado, no sé cómo;  
vamos, Simona; qué plomo!
- ROS. Deme usted un abrazo, abuela,  
bendígame usted. (Á D. Pedro.)
- PEDRO. Por qué?  
estás pálida, azorada;  
qué tienes?
- ROS. No tengo nada;  
pero bendígame usted.
- PEDRO. (Con las manos en la frente de Rosario.)  
Yo te bendigo, hija mía.
- ROS. Y yo ruego que á los dos  
buen sueño les mande Dios,  
que Dios es el que le envía.
- SIMONA. Por qué la encierras?  
(Á D. Pedro, que echa la llave al cuarto de Rosario.)
- PEDRO. Quién sabe?  
puede que me engañe, y puede...  
en fin, por si es que sucede,  
bueno es que esté bajo llave.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del acto primero.

### ESCENA PRIMERA.

SIMONA, D. PEDRO, dormido.

SIMONA. Perico... Pedro... se ha  
dormido como un liron!  
ojalá le dure mucho  
el sueño reparador,  
que mientras duerme no piensa  
en su pena tan atroz.  
Cómo duerme! como un niño;  
su sencillo corazon,  
para la ambicion cerrado,  
abierto para el amor,  
late dulcemente, y late  
tranquilo; mas Santo Dios!  
por qué no desechará  
del pensamiento veloz  
aquella terrible idea  
que es... vamos, su consuncion.  
—Ella se pierde, se pierde;  
la falta su amparo, yo,

y morirá miserable  
y maldecida de Dios.—  
Esto dice, y otras veces  
se desata con furor  
en insultos; entre ellos,  
dice que le abandonó  
porque era débil y anciano.  
Otras veces el dolor  
cede su puesto á la ira  
y llora, y entónces, oh!  
diera porque no llorara  
la mitad del corazon.  
En tanto su pobre vista  
va de cada vez peor,  
y si de una ver cegara  
qué sería de él? ay Dios!  
Solamente de pensarlo  
me estremezco. Ah! es el doctor.

## ESCENA II.

DICHOS, el MÉDICO.

MEDICO. Muy buenos días.

SIMONA. Muy buenas  
tardes!

MEDICO. Es verdad que son  
tardes; ya no me acordaba:  
no es extraño, porque yo  
no tengo un momento mio,  
pues que todos se los doy  
á mis enfermos.

SIMONA. Y hay muchos?

MEDICO. Bastantes; un lugaron  
solo es este, y tengo quince,  
y muchas gracias á Dios  
que no hay epidemia ni...  
luego los de alrededor...  
tanto pueblecillo chico,  
y son siete ú ocho los  
que hay sin médico.

SIMONA. Es un mal,

mas usted dirá, mejor  
para la bolsa.

MEDICO. Y el cuerpo,  
es algun saco de arroz?  
Tambien el cuerpo se cansa  
de ir á visitar con sol  
en verano, ó con la lluvia  
nadando como un salmon;  
en fin, ese es mi destino,  
y sea todo por Dios.  
Cómo va el enfermo?

SIMONA. Creo  
que lo mismo.

MEDICO. No mejor?

SIMONA. No señor, está el pesar  
fijo en su imaginacion.

MEDICO. Pues mientras no le deseche,  
se cuide y se alegre, no  
hay que esperar que se cure.  
Si el llanto corre veloz  
por sus ojos, los agrava;  
descompuestas al crisol,  
nuestras lágrimas son cal,  
son cal, entiende usted?

SIMONA. Oh!

MEDICO. Y tenga usted ese cáustico  
por solo espacio de dos  
horas en los ojos, y  
verá usted qué inflamacion...

PEDRO. Rosario. (Dormido.)

SIMONA. Sueña con ella.

PEDRO. Rosario... Ah! es usted, doctor. (Despertando.)

MEDICO. Sí, yo soy: qué tal va ese  
ánimo?

PEDRO. Al ánimo no  
tengo que pedirle nada,  
pero á los ojos ¡ay Dios!

MEDICO. Á ver? hum! siempre lo mismo,  
siempre la misma hinchazon  
en los párpados; caramba,  
usté es su enemigo.

PEDRO. Yo?

- MEDICO. Usted. Sabiendo que el llanto  
le está haciendo un daño atroz,  
llora que te llora.
- PEDRO. Así  
desahogo mi corazon  
que... vamos, se me figura  
que se me rompe si no.  
Y tengo tantos motivos  
para llorar...
- MEDICO. Pues no los  
llore.
- PEDRO. Y cómo sentirlos,  
sin llorarlos?
- MEDICO. No es razon  
el que usted se quede ciego,  
para sentir su dolor.  
Una de dos, nuestros males  
ó tienen remedio ó no;  
si le tienen, aplicarle,  
si no, con resigiacion,  
con paciencia, con constancia,  
y con la fe puesta en Dios,  
si no se curan, se alivian.
- PEDRO. Tiene usted mucha razon,  
pero...
- MEDICO. No hay pero que valga,  
deseche usted ese humor,  
esté usted alegre.
- PEDRO. Alegre!  
Ya mi alegría acabó;  
era ella mi alegría,  
y ella no está.
- MEDICO. No señor,  
usted debe pasearse,  
tomar el fresco y el sol,  
hacer una vida activa;  
tiene usted setenta y dos  
años, y está usted robusto  
y tiene una fuerza atroz,  
por qué desperdiciar esas  
condiciones, voto á brios?  
Se sigue dando fomento

con las yerbas?

SIMONA. Sí, señor.

MEDICO. Bueno; por hoy nada más;  
lo dicho dicho, me voy  
para ver á la muchacha  
de Silvestre.

SIMONA. Está peor?

MEDICO. Ni peor ni mejor, lo mismo;  
su mal es un mal que no  
tiene cura, un aneurisma  
en mitad del corazon.

SIMONA. Y es eso malo?

MEDICO. Malísimo;  
en estas arterias por  
donde pasa nuestra sangre,  
hay una dilatacion  
que dura ménos ó más,  
y en rompiéndose, acabó  
la vida.

SIMONA. Jesus mil veces.

MEDICO. Agur.

SIMONA. Vaya usted con Dios.

MEDICO. Y buen ánimo, qué diantre,  
que al fin y al cabo el Señor  
aprieta, pero no ahoga.  
Cuanto más nos prueba, nos  
ama más y nos estima.  
Ea, agur.

PEDRO. Adios, doctor.

### ESCENA III.

PEDRO, SIMONA.

SIMONA. Ya, Pedro, has oido al médico:  
con tanto y tanto llorar,  
vas á acabarte la vista.

PEDRO. Qué quieres.

SIMONA. No llores más

PEDRO. Ojalá fuera posible;  
ay, Simona, ay! Ojalá  
se encontrase en la botica

el remedio de mi mal,  
que, por muy caro que fuese,  
á riesgo de mendigar,  
le tendria, le tendria  
y curaria; pero ah!  
que no se curan con r cipes  
males del alma jamás,  
ni mi falta es una falta  
que se puede reparar.  
Me falta ella, y con ella  
me falta tambien la paz  
del alma.

SIMONA. Sea por Dios;  
ahora mucho suspirar  
por ella, y cuando ella aquí  
estaba, no hacias más  
que rega nar si callaba,  
y si hablaba rega nar.

PEDRO. Yo? no lo creas;   veces,  
cuando ella mi autoridad  
desconocia orgullosa,  
la enseñaba   respetar  
mis canas, mas sin escándalo,  
con demasiada bondad.  
Ahora, que estaba dormido,  
soñaba que años atrás  
me la llevaba   paseo  
por la pradera y por la  
ribera hermosa del Tajo,  
y todo el mundo, al mirar  
los rasgos de su belleza  
y su candor sin igual,  
la bendecian—bendita  
seas—oia sin cesar,  
y yo decia—es mi nieta—  
y con infantil afan  
ella corria siguiendo  
la mariposa fugaz,  
y yo en sus ojos cifraba  
toda mi felicidad.  
Ay, qué tiempos; ya pasaron  
para no volver jamás.

Vamos, parece mentira  
que haya podido dejar  
la casa donde nació,  
á sus abuelos, que están  
llorando tanto por ella...

SIMONA. Qué quieres? á veces las  
ideas de la educacion...  
ella se ha educado allá...  
en Madrid.

PEDRO. Cierta, su madre  
trabajaba sin cesar  
para pagar el colegio,  
y este es el fruto que da;  
bien se lo decia yo:  
—haces mal, haces muy mal  
en criar así á Rosario  
si ha de venir al lugar—  
pero ella empeñada, al fin  
se trajo la chica acá.

SIMONA. Y ántes del año murió,  
y tambien el pobre Juan,  
su padre, y quedó Rosario  
en la más triste orfandad.  
Mas no le ha faltado aquí  
ni el cariño paternal,  
ni nada.

PEDRO. Sí, la faltaba  
aire, aire que respirar,  
por su educacion maldita  
y por los libros de la  
boticaria, ¡condenados!  
yo los debí de quemar...  
y hace ya tres años, tres  
que la llamo y que no está:  
se escapó por la ventana,  
está debajo el parral,  
la serviria de apoyo  
y se bajó, sí, no hay más.  
Mira tú si salió cierta  
mi sospecha al maliciar  
que, figurándose que éramos  
presa del sueño tenaz,

el Marqués la buscaria;  
ella no pudo llegar,  
porque yo cerré la puerta,  
pero el Marqués puntual.  
Yo sentí ruido, aquí vine  
y me hallé con el galan,  
que, tomándome por ella,  
con ingenio sin igual,  
me hablaba bien de Madrid  
y muy mal de este lugar;  
muchas cintas, muchas flores,  
muchas galas, mucho afan  
y mucho aplazar la boda;  
aplazar, siempre aplazar:  
pero al fin me conoció,  
yo monté en cólera, y zás  
le pegué una bofetada  
en mitad del rostro.

SIMONA. Ah!

PEDRO. Y le hubiera dado mil  
y sería poco dar;  
y á no entrar Ginés le estrujo  
entre mis dos brazos.

SIMONA. Mas  
cómo se quedó Ginés  
aquí?

PEDRO. No lo sé: quizá,  
como que amaba á Rosario,  
sospechaba la verdad.

SIMONA. Ay qué noche, y ay qué susto;  
yo vine temblando acá  
y te hallé fuera de tí,  
Ginés hacia marchar  
al Vizconde y al Marqués...

PEDRO. El Vizconde, otro que tal;  
siendo su amigo, lo mismo  
que es Jacobo será Juan.  
Luego abrí al cuarto la puerta  
para decirla—ya estás  
en salvo—pero no estaba,  
quizá le haya ido á esperar  
al Madrid maldito, haciendo

de mi honra el limpio cristal,  
sucio vaso de impureza  
que no se puede aspirar.  
Cuatro cartas en tres años  
nos ha escrito nada más.

SIMONA. Y nos dice que está buena  
y que es feliz por allá;  
pues qué más quieres?

PEDRO. En la última  
hay la huella de un pesar,  
como si mojaran lágrimas  
el papel.

SIMONA. Qué han de mojar?  
Si es muy feliz, si Ginés,  
que se fué á Madrid á dar  
una vuelta, la vió allí  
tan compuesta, en casa tan  
bien amueblada y tan rica  
que no hay que pedir más,  
y no como esta; no hay miedo,  
que no vendrá.

PEDRO. Ó si vendrá,  
pero cuando venga, cómo?  
me estremezco de pensar...

SIMONA. Pues no te estremezcas. ¿Quién  
entra aquí? Serenidad.

#### ESCENA IV.

DICHOS, GILA, PASCUAL.

GILA. Buenas tardes.

SIMONA. Oh! muy buenas.

PASC. Cómo lo pasan?

PEDRO. Tal cual,  
y vosotros?

PASC. Bien: el nuevo  
estado, á fe de Pascual,  
nos prueba perfectamente.  
Bien venida sea la  
herencia del tío Gil,  
que nos pudimos casar.

- PEDRO. Pues, y nos seguís sirviendo  
por purísima lealtad.  
El salario que te doy,  
para tí, que estás tal cual  
de intereses, casi es nada.
- PASC. Y porque heredase, ya  
debía desconocer  
á aquel que me ha dado pan  
tanto tiempo? No señor.  
Usted me tuvo á jornal  
por muchos años, pues téngame,  
mientras pueda trabajar;  
la herencia es corta y la puede  
labrar mi hermano Beltran.  
Vive en mi casa, y yo aquí,  
y estamos todos en paz;  
y por lo que hace á la casa,  
tengo idea de que la  
cuadra es pequeña, muy chica,  
tiene cabida no mas  
para tres bestias, y yo  
he pensado en alargar...  
Pues á lo que vengo vengo,  
por vida de... voto á san...  
me da vergüenza...
- PEDRO. Qué tienes?
- PASC. Hábleme usted en caridad,  
con mucho cariño, y mucho...  
no se vaya usted á enfadar  
por lo que le diga.
- PEDRO. Yo?
- PASC. Tome usted esto. (Dándole un envoltorio.)
- PEDRO. Qué me das?  
dinero?
- PASC. Treinta y seis duros,  
y creo que sobra un real;  
yo bien quisiera que fuesen  
treinta y seis millones.
- PEDRO. Mas,  
con qué objeto?
- PASC. Con qué objeto?  
Con objeto de pagar

al ayuntamiento.

PEDRO. Qué?

PASC. Usted atrasado no está?

PEDRO. Muy cierto, pero el alcalde me ha prometido esperar...

PASC. Pues el alcalde no puede, porque de la capital le piden á raja tabla dinero, y hay que apelar... tenga usted eso, y usted se buscará lo demas, no dé usted lugar, don Pedro, á que vengan á embargar.

PEDRO. Muchas gracias, Pascual, guarda ese dinero, Pascual. Yo veré... yo pediré...

PASC. No lo quiere usted tomar?

PEDRO. Yo te prometo pedirte lo si tengo necesidad; en el entre tanto, guárdalo.

PASC. Mire usted que yo he oido hablar al alguacil, y decia que mucho no tardará sin que venga por el macho, y el macho es un animal que si me le quitan, vamos, no me podré consolar; lleva su carga tan listo y con tanta dignidad... va tan erguido y ufano ! cuando yo llevo el ronzal, me conoce tanto, en fin, no le falta más que hablar.

SIMONA. Se ha acabado ya el secreto que hay entre ustedes?

PEDRO. Sí tal.

SIMONA. Ese dolor de cabeza, (Á Gila.) hija, no es nada, te das unos pediluvios.

PASC. No, pediluvios le harán mal. Está enferma y no está mala,

porque esta... en fin, esta...  
todo se la vuelven náuseas  
y ganas de vomitar,  
y en fin... como hace tres meses  
nos hemos casado...

SIMONA.

Ya.

PASC. Pues eso, el tiempo... es muy cierto,  
el tiempo lo ha de curar.

GILA. Dice usted bien. Adios... vamos.

PASC. Vamos, y cuento con la  
palabra que usted me dió.

PEDRO. Dios te lo pague, Pascual.

### ESCENA V.

SIMONA, D. PEDRO.

PEDRO. Ese es un buen servidor,  
es un corazon de oro.

SIMONA. Y con la fuerza de un toro,  
y muy buen trabajador.

Gila es muy honrada, y  
como mujer no es maleja;  
ella como él, qué pareja!  
son muy buenos chicos.

PEDRO.

Sí,

sin ambicion que lo impida,  
por no verme atribulado,  
venia á darme lo ahorrado  
tal vez en toda su vida.

SIMONA. Qué dices, Pedro?

PEDRO.

Mas no

temas que tan mal yo obre,  
que al fin, entre pobre y pobre,  
él es más pobre que yo.

Por más que decirlo siento  
y por más que he procurado...  
me encuentro muy atrasado...

SIMONA. Tú?

PEDRO.

Con el ayuntamiento;  
y me vendrán á embargar  
la hacienda, y si esto no basta,

saldrá á pública subasta  
mi casa, mi santo hogar.  
Y abandonados los dos  
á donde queramos ir,  
nos pondremos á pedir  
una limosna por Dios.  
Y mi vista me abandona  
y en mis desdichas no cejo,  
y estoy pobre, ciego y viejo.  
Por tí lo siento, Simona.  
Vuelta otra vez á llorar!

SIMONA.

PEDRO.

SIMONA.

Vamos, no me avengo...

no llores por mí, yo tengo  
fuerza para trabajar;  
y ántes que pedir por Dios  
una limosna con miedo,  
yo sola, yo sola puedo  
trabajar para los dos.  
No te apures, ten aliento,  
confía en Dios, que hasta hoy  
no nos abandonó: voy  
á ponerte el cocimiento  
para la vista: contrista  
verte los ojos; no es raro,  
con tanto llorar... es claro  
vas á acabar con tu vista.  
Buen ánimo, que á los dos,  
con quietud y sin zozobra,  
con poco que haya nos sobra.  
Hasta luego.

PEDRO.

Anda con Dios.

## ESCENA VI.

D. PEDRO.

Y á quién acudir, á quién,  
en trance tan importuno?  
de mis parientes, sólo uno  
hay que esté bien. Digo, bien...  
Pasa disgustos prolijos,

siempre afanándose y,  
todo por sus hijos, sí,  
dirá:—Primero mis hijos.—  
Ah! Ginés... él solo es  
mi esperanza, porque él tiene...

## ESCENA VII.

GINÉS, D. PEDRO.

GINÉS. Muy buenas tardes.  
PEDRO. Quién viene?  
no veo...  
GINÉS. Soy yo, Ginés.  
PEDRO. Ah! Ginés, muy bien venido:  
estaba pensando en tí,  
para pedirte...  
GINÉS. Á mí?  
PEDRO. Sí.  
GINÉS. Desde ahora, concedido.  
Qué me puede usted pedir  
que á dárselo yo no acceda?  
es decir, en cuanto pueda...  
PEDRO. Hombre, te vas á reir,  
es dinero.  
GINÉS. Cómo!  
PEDRO. Espero  
no me le niegues, porque  
yo sé bien tu hacienda, y sé  
tienes dinero.  
GINÉS. Dinero!  
PEDRO. Yo estoy mal: aquel pedrisco  
que me cogió el garbanzal,  
los años viniendo mal,  
la contribucion y el fisco,  
en fin, me he atrasado y me  
he perdido, mas no dudo,  
te encuentro á tí, y á tí acudo.  
GINÉS. Don Pedro, máteme usted.  
PEDRO. Te niegas?  
GINÉS. Á averiguar  
que la sangre se vendia,



PEDRO. Qué dices?

GINES. Que ya otra vez  
lo hizo: si á tiempo no llego...

PEDRO. Jesus!

GINES. La encontraban luégo  
hecha pedazos la nuez.

PEDRO. Hace cuatro años, ya sé... (Recordando.)  
yo ví que tenia tanta  
hinchazon en la garganta,  
pero no supe por qué.

GINES. Yo estaba siempre en lo justo,  
mas fuerza era decidirse;  
y así, entre ahorcarse y morirse  
á gusto, que muera á gusto.  
Aquí se encuentra mal quien  
no ha nacido para aquí.

PEDRO. Y te fuiste á verla?

GINES. Sí,  
y me recibió muy bien.  
Iba al Teatro Real en coche;  
estaba muy bien vestida;  
me dijo á la despedida:  
«vente mañana á la noche.»  
Habia reunion; no sé  
qué clase de gente era,  
porque era la vez primera;  
se jugaba, y yo jugué.

PEDRO. Jugar! sabes qué es jugar?  
tú no lo sabes, Ginés;  
tú piensas que sólo es  
dejar la suerte al azar?  
Jugar es una deshonra;  
lo primero que se pierde  
en torno al tapete verde,  
Ginés, es la honra, la honra.  
Allí el dios es el dinero,  
y está más considerado  
un tunante afortunado  
que el hombre más caballero.  
Aunque tenga corazon,  
el que en el juego se envicia,  
tiene miedo á la justicia

como si fuera un ladrón.  
Ni allí hay amistades, ni,  
aunque á tu lado se halle,  
no se saluda en la calle  
á quien se conoció allí.  
Aquel oro que convida  
á que le toques insano,  
es quien te pone en la mano  
la pistola del suicida.  
La eterna sed de ganar,  
con buena ó contraria suerte,  
¿á cuántos no dió la muerte?  
Jugar! sabes qué es jugar?  
Ay Ginés, el jugador  
no hace ganancia jamás,  
el que entra ganando más,  
sale perdiendo el honor.

GINES. No, perder, yo no perdí;  
aún salí ganando un poco:  
mas creí volverme loco  
cuando alcé la vista y ví  
al Marqués, aquel traidor  
que así pagó el hospedaje  
de esta casa.

PEDRO. Oh! el ultraje  
que le hice fué mayor!  
la bofetada...

GINES. Mal dada.

PEDRO. No puedo volver por mi honra?  
no puedo al que me deshónra  
pegarle una bofetada?  
Oh! y una alegría rara,  
salvaje, experimenté  
al sentir que me llené  
toda la mano de cara.  
En mi furioso arrebato,  
me prestaba Belcebú  
toda su ira, y si tú  
no me le quitas, le mato.

GINES. Pues yo, aunque la ira abrasa,  
la ira de usted no alabo.

PEDRO. Por qué?

- GINES. Porque al fin y al cabo,  
estaba usted en su casa.  
Le disculpo á usted, porque  
al verle yo allí senti...  
en fin, ya me vine aquí,  
á verlos no volveré.  
Ensanche usté el corazon,  
qué diantre, y tenga fe  
en mi cariño, porque...  
porque esa contribucion...  
yo veré al alcalde y fio...  
al fin no ha de ser en balde  
el tener un tio alcalde.
- PEDRO. Cierto, el alcalde es tu tio.
- SIMONA. Pedro? (Dentro.)
- PEDRO. Allá voy al momento.
- GINES. Dónde va usté?
- PEDRO. Á la cocina,  
á darme una medicina  
en los ojos, un fomento.
- GINES. Soy su lazarillo?
- PEDRO. Ven,  
guíame.
- GINES. Vamos andauado;  
no tenga usted penas, cuando  
digo que va usté á estar bien...

### ESCENA VIII.

Queda un momento sola la escena.

RÓSARIO, pobremente vestida, apoyada en un palo y con  
un niño como de un año en los brazos, dormido.

Ay! he llegado por fin;  
pensaba quedarme muerta  
ántes de ver esa puerta.  
Duerme! pobre serafin.  
Así hemos venido andando,  
siguiendo nuestro destino,  
haciendo todo el camino,  
tú durmiendo y yo llorando.

Luego correrás con brío,  
mas mientras tu alma no enferme,  
duérmete, bien mio, duerme;  
¡qué hermoso que eres, bien mio!

(Deja el niño sobre un sillón.)

Vengo aquí á pedir el pan  
que otro tiempo desprecié.

Dios mio! qué les diré?  
cómo me recibirán?

Á quién hablaré? á mi santa  
abuela? qué ingrata he sido!  
á mi abuelo? me ha querido  
con tanta pasión... con tanta!

Alguien se acerca... valor!  
este camino emprendí,

Señor, confiada en tí;  
no me abandones, Señor.

### ESCENA IX.

ROSARIO, D. PEDRO.

ROS. Ay abuelito!

PEDRO. Quién es?

ROS. No me ve usted?

PEDRO. No te veo,  
aunque esa voz... sí, yo creo  
que me es conocida... Pues  
ya lo estás viendo, perdí  
la vista, porque mi llanto,  
á fuerza de llorar tanto,  
me cegó! pobre de mí!  
Y el llanto es un don del cielo;  
cuando al alma la desvela  
ciega, sí, pero consueta,  
sirve de mucho consuelo:  
ay! yo en mi desolacion  
tengo la fe verdadera,  
porque á no llorar se hubiera  
roto ya mi corazón.

Quién eres? por qué me besas

(Le besa la mano.)

- la mano con tanto exceso,  
y yo siento en cada beso  
los dolores que me expresas?
- ROS. Ah! de qué me sirve aquí  
encontrarle, cuando llego  
á encontrarle á usted ay! ciego,  
de tanto llorar por mí.
- PEDRO. Pues quién eres?
- ROS. Soy Rosario...
- PEDRO. Tú, escoria de las mujeres, (Furioso.)  
qué buscas aquí? qué quieres?  
quieres mi vida?
- ROS. Al contrario.  
Oh! por Dios no haga usted vana  
mi esperanza, sea cierta.
- PEDRO. No puede entrar por mi puerta  
quien salió por la ventana.
- ROS. Ah! por Dios...
- PEDRO. No á Dios invoques,  
porque estás de Dios maldita;  
no te acerques, quita, quita,  
no me manches, no me toques.  
Tu has roto todos los lazos  
que te unian á tu gente,  
vete.
- ROS. Por este inocente  
que le tiende á usted los brazos.
- PEDRO. Un niño!
- ROS. Como un lucero;  
es fruto de mi pecado,  
pero pues Dios me le ha dado,  
con toda el alma le quiero.
- PEDRO. Aparta... Ginés, á mí! (Llamando.)

## ESCENA X.

DICHOS, GINÉS.

- GINÉS. Rosario! un niño!... traidora!...
- ROS. Perdon, perdon, Ginés!
- GINÉS. (Llora!)
- PEDRO. Sácame pronto de aquí.

- ROS. Pero...
- PEDRO. Es tarde, Dios te guarde.
- ROS. Ginés, si es que me has querido  
yo de rodillas te pido...
- GINES. Es tarde.
- ROS. No, no.
- GINES. Muy tarde.
- ROS. Dios perdonó...
- PEDRO. No soy Dios.
- ROS. No, pero es usted su hijo,  
y yo ante un crucifijo  
pido perdon á los dos.
- PEDRO. Llévame de aquí. (Á Ginés.)
- ROS. Perdon,  
oh! Ginés, en tí confío...
- PEDRO. Llévame de aquí.
- GINES. (Dios mio,  
se me parte el corazon.)
- PEDRO. Adios: si puedes vivir  
vive pues en paz contigo;  
adios, yo no te maldigo  
porque no se maldecir.  
De tu carrera á través,  
como míseros despojos,  
ya te has llevado mis ojos,  
qué más? Vámonos, Ginés.
- ROS. Nadie tiéne compasion  
de mí? nadie me consuela?

## ESCENA XI.

DICHOS, SIMONA, desde el fero.

- SIMONA. Sí, yo.
- ROS. (De rodillas.) Ay abuelita!... abuela!!
- SIMONA. Hija de mi corazon!!



---

---

## ACTO TERCERO.

---

La misma decoracion que los actos anteriores.

### ESCENA PRIMERA.

EL VIZCONDE, PASCUAL.

VIZC. Lo dicho, yo te soborno,  
te vendes, te compro, estás?

PASC. Estoy.

VIZC. Toma. (páñtole dinero.)

PASC. Venga.

VIZC. Dime,  
el viejo, qué tal? qué tal?

PASC. Cómo, qué tal?

VIZC. Si está fuerte.

PASC. Si esta fuerte?

VIZC. Para dar  
un pescozon á cualquiera.  
Cuando me acuerdo de la  
bofetada del Márqués,  
no lo puedo remediar,  
me tiemblan las carnes... vamos,  
debió de escocerle... paf!

PASC. Ay, para eso, no señor,  
no puede nada; si está  
casi ciego!

VIZC. Si? me alegre!  
digo... ¡Qué barbaridad!

- Y el otro?
- PASC. El otro?  
VIZC. Sí, el otro,  
el otro, el otro jayán.
- PASC. Quién, don Ginés?  
VIZC. Don Ginés:  
vaya una fuerza bestial;  
nos sacó en volandas, como  
si fuéramos mazapan.
- PASC. Por aquí viene, si usted  
quiere hablarle...
- VIZC. Yo? no tal:  
á Rosario sola, entiendes?
- PASC. Entiendo, y sin vacilar  
la proposicion acepto  
y la propina que da;  
porque usted no tiene traza  
de seductor.
- VIZC. Animal!!
- PASC. Y la chica no peligra  
viéndola usted, no es verdad?
- VIZC. Eso, sí.
- PASC. Pues ya que de esto  
no ha de venir ningun mal,  
venga usted, le meteré  
en este cuarto que está  
lindando con esta sala,  
y espere usted sin chistar  
hasta que yo avise.
- VIZC. Bueno.
- PASC. Corriente, vamos allá,  
este es el cuarto; quietito,  
que yo le vendré á llamar.

## ESCENA II.

SIMONA, PASCUAL.

- SIMONA. Uf! qué calor, muerta vengo:  
y la distancia no es tan  
larga desde aquí á la iglesia;  
pero hace un sol, que ya, ya!

Estas tardes bochornosas,  
hasta que empieza á soplar  
el viento, son insufribles,  
son insufribles!—Pascual? (Llamando.)

PASC. Qué manda usted? Buenas tardes.

SIMONA. Muy buenas. Rosario?

PASC. Están  
por allá dentro.

SIMONA. Y Perico?

PASC. Tambien. Yo si usted me da  
licencia, quiero pedirla  
un favor.

SIMONA. Habla.

PASC. Que al dar  
las ocho, me deje usted  
salir, porque...

SIMONA. Á dónde vas?

PASC. Á acompañar al Señor,  
es decir, voy á alumbrar  
al Santísimo Viático,  
que esta noche se le dan  
á la chica de Silvestre.

SIMONA. La pobre, tan mala está?

PASC. Muy malita, muy malita;  
el señor don Sebastian,  
el médico, dice que  
de esta noche no saldrá.

SIMONA. Bien, ve, mas no te detengas  
en la taberna.

PASC. Jamás  
entro en la taberna yo  
sino con un camará,  
por supuesto, que me dice  
—hombre, pues vamos á echar  
una copa—y digo—bueno—  
y dice—vamos allá.—  
Sí, me gusta el vino, pero  
á sus horas nada más,  
y á las horas de comer,  
y á las horas de cenar,  
y á las horas de...

SIMONA. Bien, vete.

PASC. Abur, quede usted en paz.

### ESCENA III.

ROSARIO, SIMONA.

ROS. Buenas tardes, abuelita.

SIMONA. Buenas las tengas, qué tal?

ROS. Bien, para servir á usted; usted viene?...

SIMONA. De rezar;  
se está tan á gusto allí,  
la iglesia es tan fresca y tan...  
Y Pedro?

ROS. Estaba jugando  
con el niño, y al notar  
que tenía el niño sueño,  
le puso encima de las  
rodillas para mecerle,  
y al empezarle á cantar,  
uno en los brazos del otro,  
los dos dormidos están.

SIMONA. Ea, pues no interrumpirles,  
dejarlos dormir en paz;  
yo voy adentro á quitarme  
la mantilla... Dónde vas?

ROS. Á ayudarla á usted.

SIMONA. No, deja,  
que yo me la sé quitar.

### ESCENA IV.

ROSARIO, PASCUAL.

ROS. Pobre abuela! Ella no tiene  
ni un recuerdo del pasado.  
Me dió su perdon sin límites:  
ni palabra, ni sarcasmo  
que recuerden otro tiempo,  
asomáronse á sus labios;  
pero los recuerdos míos...

PASC. (Está sola, yo me lanzo.)  
Señorita...

- Ros. Qué hay, Pascual?  
PASC. Hay un caballero, vamos,  
que quiere hablar con usted.  
Ros. Conmigo?  
PASC. Y está esperando...  
no quiere que los de casa  
se aperciban... porque, estamos?  
porque teme... porque dice  
que como le viera el amo  
le desriñonaba; á mí,  
que no me gusta el escándalo,  
me ha dado para beber  
y me ha dicho—dí á Rosario  
que deseo hablarla á solas,  
y está aquí; conque, le llamo?  
Ros. Quién podrá ser?  
PASC. (Silbando.) Salga usted.  
Ros. El Vizconde!  
PASC. Yo entre tanto,  
tendré cuenta con la puerta,  
no se cuele algun extraño.

## ESCENA V.

ROSARIO, el VIZCONDE.

- Vizc. La sorprende mi presencia  
en este sitio?  
Ros. Está claro;  
cómo me pade pensar  
que un hombre tan apegado  
á Madrid y sus costumbres,  
venga á estas tierras?  
Vizc. Hay casos  
en que la amistad y la...  
en fin, aquí estoy, al grano:  
qué sabe usted del Marqués?  
Ros. No hablemòs de eso: hartoo amargos  
recuerdòs tengo de él,  
sin que usted venga á evocarlos.  
Vizc. Luego, no sabe usted nada?  
Ros. Supongo se habrá casado

con esa rica heredera,  
la que pretendia cuando  
yo vine aquí.

Vizc.

Pues no hay tal,  
se llevó la boda el diablo.  
Ella, al saber lo de usted,  
le dijo:—sea usted honrado,  
y al menos será mi amigo,  
mi marido nunca—andando!  
Pobre Marqués! qué desgracia!  
en cuanto pone la mano,  
el negocio más sencillo  
es para él asunto árduo:  
ha perdido ya tres pleitos,  
y ahora va á perder el cuarto.  
El animal acreedor  
tuvo finísimo olfato,  
ha presentado su ruina  
y le está siguiendo el rastro.  
Castigo de Dios!

Ros.

Vizc.

Castigo,  
castigo es, digo, y tanto  
que él siguiendo mis consejos,  
arrepentido, ha tratado...  
ha cogido las caspicias  
de su caudal, bien escaso,  
y piensa afincarse aquí  
y ofrecer á usted su mano.  
Á mí?

Ros.

Vizc.

Es lo único que puede  
ofrecerla, está arruinado.  
Don Rafael, se acuerda usted  
de don Rafael, aquel alto  
de las patillas?

Ros.

Vizc.

Me acuerdo.  
Pues Rafael, se ha pegado  
un tiro.

Ros.

Vizc.

Jesus mil veces!  
Y doce mil duros largos  
debía al Marqués, y ahora  
con su muerte le ha hecho pago:  
un modo de liquidar

como otro cualquiera: el caso es, que el Marqués ya no tiene allí quien le abra los brazos sino yo, que soy más pobre que una rata, y si no entrampo ó si no ganó en el juego, me mantengo con helados y dulces de las reuniones de buen tono, donde danzo.

ROS. Y qué he de hacer?

## ESCENA VI.

DICHOS, PASCUAL.

PASC. Don Ginés viene.

VIZC. Sí? pues yo me escapo, porque ese don Ginés tiene una fuerza como un bárbaro.

PASC. Vamos.

VIZC. Vamos.

PASC. Saldrá usted por la puerta de los carros, y así no le puede ver.

VIZC. Esta epístola me ha dado (Dándola una carta.) para usted el Marqués; yo ya he cumplido con mi encargo y por él ruego, intercedo por él.

PASC. Que viene.

VIZC. Ya marcho, y adios. (Es muy guapa, mucho, esta chica.) Adios, Rosario.

## ESCENA VII.

ROSARIO, luego GINÉS.

ROS. Qué haré que mejor me cuadre? de mí misma desconfío: mi hijo sin padre! Dios mio! pero qué padre! qué padre!

GINES. Rosario, que te he de hallar  
siempre lo mismo, llorando!

ROS. Qué quieres, Ginés?

GINES. Oh! cuándo

has de dejar de llorar?  
Cuándo tus ojos serenos  
se fijarán en los míos,  
sin verter el llanto á ríos,  
como en otros tiempos buenos?

ROS. Nunca: esos tiempos pasaron;  
eran tiempos de inocencia,  
y en mi pasada existencia  
tan solo espinas dejaron.  
Sufro tanto! sufro tanto!  
abrazando á mis abuelos,  
en vez de encontrar consuelos,  
siento que me abrumba el llanto;  
y, miserable de mí,  
tiemblo cobarde y me aflijo  
besando á mi pobre hijo,  
que no tiene padre.

GINES. Sí.

Y es una cosa muy fea  
cuando uno es grande y aspira...  
el no poder decir...—Mira,  
se me ha ocurrido una idea.  
Quieres... como las mujeres  
sois así, temo un desvío,  
que ese niño sea mio?

ROS. Ginés, qué me dices?

GINES. Quieres?

Rosario, mira la pena  
cruel que tengo por contrario;  
tú eres muy buena, Rosario;  
Rosario, tú eres muy buena.  
Lo pasado... importa nada  
al presente, yo me fundo  
en que no habrá en todo el mundo  
una mujer más honrada.  
Y en pago de que ya he  
vencido tanto desvío,  
tu hijo será el hijo mio,

yo le reconoceré.  
Ahora vuelves á nacer;  
da lo pasado al olvido,  
y seré un feliz marido  
si quieres ser mi mujer.

ROS.

Calla!

GINES.

Que me calle?

ROS.

Sí;

me haces daño con hablar,  
porque me haces recordar  
que no soy digna de ti.  
Déjame, pues, vegetar  
sola, en un rincón oscuro;  
tú tienes un nombre puro,  
no te le quiero manchar.

GINES.

No le manchas, al contrario,  
está cubierto de enojos,  
y con tus divinos ojos  
le inundas de luz, Rosario.

ROS.

Tú me amas, es la verdad,  
con todo tu corazón;  
hoy rehusó por convicción  
lo que ántes por voluntad.  
Mis recuerdos me dan miedo,  
la sombra de mi pasado  
me ámedrenta... un hombre honrado  
y yo su esposa... no puedo.  
No puedo yo, ya lo ves;  
soy una mujer perdida;  
olvidame, y en tu vida  
te acuerdes de mí, Ginés.  
Dí que no me quieres.

GINES.

ROS.

Oh!

no digas que no te quiero  
si mi soledad prefiero  
á hacer tu desdicha.

GINES.

No.

### ESCENA VIII.

DICHOS, el MÉDICO.

MÉDICO. Muy buenas tardes.

GINES. Muy buenas.

MEDICO. Qué tal vamos?

GINES. No va mal.

MEDICO. Y nuestro enfermo?

ROS. Mejor;

creo que está regular;

distingue ya las facciones,

y habiendo gran claridad,

casi ve.

MEDICO. Bueno, muy bueno;

váyale usted á avisar

que estoy aquí.

ROS. Voy al punto.

GINES. No, deja, yo voy allá.

## ESCENA IX.

MÉDICO, ROSARIO.

MEDICO. (Esta es la ocasion.) Y usted,  
niña, qué tal?

ROS. Yo?

MEDICO. Qué tal?

ROS. Bien, muy bien.

MEDICO. Pues, sin embargo,

no sé qué noto en su faz...

no tiene usted crispatura?

no siente debilidad

en el cerebro? latidos

en el corazon?

ROS. Asaz

latió, pero ya no late,

está muerto.

MEDICO. Algun pesar...

ROS. Pesar de muerte, y por eso

le mató y no late ya.

MEDICO. (Bien decia yo.) Hija mia,

sólo por curiosidad,

tosa usted.

ROS. (Tosiendo.) Ejem!

MEDICO. Más fuerte.

ROS. Ejem, ejem!

MEDICO. (Si será?...)  
Perfectamente, muy bien;  
á ver el pulso? (Pulsándola.) (Fatal!)  
Usted me permite, niña,  
sencillamente aplicar  
este instrumento á su pecho  
para oír el ruido?

ROS. Sí tal.

MEDICO. (Justo, ahí está la aneurisma!  
Tan jóven! tan bella! ah!...)

ROS. Se ha puesto usted triste?

MEDICO. No.

Se debe usted de cuidar  
mucho, dejar los pesares,  
ir al campo, á la ciudad,  
distraerse, divertirse,  
hacer la vida animal,  
ir en burro, tomar baños,  
sobre todo, no pensar...

ROS. Pues qué, estoy mala?

MEDICO. No, mala

precisamente, no; mas  
cierta predisposicion...  
Usted ha tenido un gran  
paréntesis en su vida...

ROS. Sí señor.

MEDICO. Y ahí está el mal.

Oh! don Pedro, cómo vamos?

### ESCENA X.

GINÉS, D. PEDRO, SIMONA, MÉDICO, ROSARIO.

PEDRO. Así, así; regular.

MEDICO. Á ver los ojos? Hay poca  
luz; oscureciendo está.

PEDRO. Pascual? una luz.

PASC. (Entrando.) Ya iba  
á traerla yo.

PEDRO. Pascual?...

## ESCENA XI.

DICHOS, PASCUAL, con capa, y luces.

PEDRO. Cómo de capa?

PASC. La capa?

me la he puesto para estar  
más decente, ya se ve,  
porque la solemnidad...  
pues!

SIMONA. Me ha pedido licencia,  
y se la dí, de alumbrar  
al Viático de la chica  
de Silvestre, y allá va.

PASC. Justo: ustedes mandan algo?

SIMONA. Nada; que vayas en paz.

## ESCENA XII.

DICHOS, menos PASCUAL.

MEDICO. Triste es un Viático; pero  
no lo puedo remediar;  
la chica está de peligro,  
y en un momento se va;  
que lleve los Sacramentos,  
que no están nunca de más.  
Vamos á ver esos ojos;  
hóla! parece que están  
mucho ménos irritados.  
No llora usted?

PEDRO. Qué es llorar?

Ahora rio, tengo aquí  
toda mi felicidad,  
dentro de mi propia casa.  
y eso... me hace ver más;  
mi vista flaquea, es cierto,  
mas tambien mi mucha edad...  
setenta y tres años viendo,  
los ojos se han de cansar;  
esto es que quieren cerrarse

- GINÉS. por toda una eternidad.  
No diga usted eso.
- ROS. Abuelo!
- SIMONA. Pedro!
- MÉDICO. No sea usted tan...  
materialista.
- PEDRO. Es posible  
que tire un par de años más;  
poco importa, el fin, el fin  
muy poco debe tardar.  
Confío en Dios: que de Dios  
se cumpla la voluntad.
- MÉDICO. Voy á escribir la receta,  
si hay un papel...
- SIMONA. Aquí está.
- MÉDICO. Es un colirio muy simple,  
solamente para dar  
más fuerza; está usted muy bien,  
cuanto le es posible estar.  
Y con permiso de ustedes,  
porque el tiempo se me va, (Mirando al reloj.)  
quisiera hablar al señor. (Á Ginés.)
- PEDRO. El onceno no estorbar:  
vamos nosotros adentro;  
adios, doctor.
- GINÉS. (Qué querrá?)

### ESCENA XIII.

GINÉS, el MÉDICO.

- GINÉS. Ea pues, ya estamos solos,  
hable usted pronto, doctor,  
porque impaciente me encuentre  
por saber la causa.
- MÉDICO. No  
se impaciente usted, no tiene  
que ver nada esta cuestion  
con la personalidad  
de usted; vaya, no señor,  
sino que, como yo digo,  
en las ocasiones son

buenos los amigos.

GINES.

Y...

MEDICO. Y esta es la ocasion mejor  
de servir á esta familia,  
de quien, ó me engaño yo  
mucho, ó es usted amigo.

GINES. Sí, su amigo, es decir, soy  
casi un hijo.

MEDICO.

Justamente

me lo prueba ese calor.

GINES. Don Pedro... está de peligro?

MEDICO. No, en cuanto al viejo no...  
verá más ó verá ménos,  
es al cabo setenton...  
es la muchacha.

GINES.

Rosariol!

MEDICO. Tiene una aneurisma atroz,  
precisamente situada  
muy cerca del corazon,  
y á la menor pesadumbre,  
á la irritacion menor,  
se rompe y se muere.

GINES.

Qué oigo!

MEDICO. Es un milagro de Dios  
que viva: ella, por supuesto,  
no sabe su situacion,  
yo no la he dicho... ahora usted  
con prudencia y sin calor,  
les previene, les indica  
que deben tener los dos  
mucho cuidado con ella,  
que á la menor emociion  
pueden perderla.

GINES.

Ah! Dios mio!

MEDICO. Lo dicho dicho, con Dios.  
Que se confiese á menudo,  
porque al fin más vale...

GINES.

Oh!

MEDICO. Que la pille confesada;  
así como una ó dos  
veces cada mes, y cúmplase  
la voluntad del Señor.

(Más vale que les dé el trago  
este mozo, que no yo.)

### ESCENA XIV.

GINÉS, solo.

Morir! dejar de existir!  
sí, tal es la ley humana:  
pero no hoy ni mañana;  
sino despues de lucir...  
Cómo la voy á decir...  
oh! yo debo de callar;  
cómo la he de persuadir?...  
Aquí está, me hace temblar  
el mirarla sonreir.

### ESCENA XV.

GINÉS, ROSARIO, PEDRO, SIMONA.

ROS. Se ha acabado ya el secreto?

GINÉS. Sí; no era secreto, era  
preguntarme...

PEDRO. Lo que quiera  
que fuese, yo lo respeto.  
Ahora, pues Dios nos envia  
la paz de que disfrutamos,  
mientras que gracias le damos;  
lee tú, Rosario mia;  
sienta, Simona; Ginés,  
sientáte tambien aquí.  
Tienes ahí la Biblia?

ROS. Sí.

PEDRO. No te detengas, lee pues.

ROS. Yo quisiera ántes aquí  
pedir á ustedes consejos.

PEDRO. Habla.

ROS. Á ustedes dos por viejos.  
porque me quieres, á tí.  
El Marqués...

PEDRO. No me le nombres;  
no en vano te hice jurar

que no habias de mentar  
al que es más vil de los hombres.

ROS. El Marqués está aquí.

GINES y SIMONA. Aquí?

PEDRO. Fraguando un nuevo delito.  
Qué es lo que quiere?

ROS. Me ha escrito.

PEDRO. Y qué es lo que dice, di?

ROS. Aún no lo sé, y juro á Dios  
que nunca esta carta abriera  
mi mano, como no fuera  
delante de ustedes dos.

Ya que con piedad de mí  
han contenido mi muerte,  
decidirán de mi suerte;  
esta carta dice así:

»Rosario, el hado contrario

»á tí me empuja y me guía;

»ayúdame en mi calvario,

»sé tú la esperanza mia,

»no me abandones, Rosario.

»Te quise y te abandoné

»por correr tras la grandeza,

»y solo el dolor hallé

»en la dorada riqueza

»con que insensato soñé.

»Y en mi desesperacion,

»en vano me aflijo y lloro,

»pero imploro tu perdon,

»Rosario, porque te adoro

»con todo mi corazon.

»Loco el mundo recorri

»con ardiente frenesí,

»mas conmigo por contrario,

»porque era siempre, Rosario,

»mi corazon para tí.

»Yo olvidarte queria,

»y á impulso de Satanás,

»cuanto más ciego corria,

»ay! Rosario, conocia

»que te amaba más y más.

»Dónde acudir? ay de mí!

»rico era cuando te ví,  
»hoy soy pobre y sin fortuna,  
»y ya no espero ninguna  
»como no venga de tí;  
»de tí, puro ángel del cielo,  
»serafin de mis amores:  
»olvida añejos rencores,  
»y cual los hijos mejores  
»yo obedeceré á tu abuelo;  
»y, como lo deseára,  
»postrado cual ante el ara  
»á las plantas del anciano,  
»besaré humilde la mano  
»que me ha cruzado la cara.  
»Qué más? qué más puedo hacer?  
»Cómo puedo no obtener  
»el perdon de mi pecado,  
»diciéndote arrodillado:  
—»Rosario, sé mi mujer?—  
»Si tu corazon se humana,  
»si no es mi esperanza vana,  
»y si licencia me das  
»para ir á verte, pondrás  
»una luz en tu ventana;  
»y si es que para el favor  
»de perdonar mi delito,  
»hijo de mi ciego error,  
»intercesor necesito,  
»yo pongo mi intercesor,  
»por él y ante un Crucifijo,  
»te ruego, si es necesario,  
»que me perdones te exijo,  
»Rosario, por nuestro hijo,  
»por nuestro hijo, Rosario.»  
Por él! Cuando yo sentí  
la primer vez que él vivía;  
cuando yo noté que habia  
un ser que vivía en mí,  
le dije—estoy deshonrada!—  
y él respondió,—¡vive el cielo!  
y yo vengado, tu abuelo  
me ha dado una bofetada.—

Partió y no le volví á ver;  
supe luego á mi despecho,  
que casi estaba ya hecho  
su enlace y otra mujer.  
Estaba echada mi suerte,  
y á no ser por el cariño  
de aquel inocente niño,  
me hubiera dado la muerte.  
Y aunque tanta humillacion  
era, y era la verdad,  
castigo á mi vanidad,  
desengaño á mi ambicion,  
á no tener por escudo  
á mi hijo, hijo querido,  
oh! yo no habria podido  
soportar golpe tan rudo.

GINES.

ROS.

Tú le adoraste quizás...  
Yo no dí al amor entrada,  
cedí al suyo... fascinada,  
enamorada jamás!  
Jamás á mi corazon  
ha llegado por fortuna;  
á su lado, siento una  
especie de repulsion  
imposible de vencer,  
que es muy superior á mí;  
siendo esto así, y es así,  
cómo le puedo querer?

GINES.

Pues eso es ya ser cruel,  
y quererle es necesario.

PEDRO.

Qué estás diciendo? Rosario...

GINES.

Debe casarse con él.

Yo la adoro, yo me iré  
donde... donde quiera Dios,  
porque verlos á los dos  
unidos, no los veré;  
pero el que mi corazon  
se rompa á tal sacrificio  
no importa para que el juicio  
aconseje la razon.

Rosario, tú estás perdida;  
el hombre que te deshonra

te puede volver la honra,  
y la honra, es más que la vida.  
Ábrele á ese hombre la puerta:  
olvida sus malas artes,  
mujer, y vé á todas partes  
con la cara descubierta.  
Y muy contenta... de fijo  
estarás; sí, por mi fé,  
por que de ese modo, le  
has dado un padre á tu hijo.  
Dale mil besos por mí;  
y si piensas en mí, piensa  
por única recompensa  
que Dios te ha clavado aquí,  
(Señalando el corazón.)  
y que de aquí no saldrás  
entre tanto que yo aliente;  
puedo dejarte, corriente,  
pero olvidarte jamás.  
Adios, nada entre los dos  
queda ya... sé muy dichosa.  
Adios, hermosa! ay, qué hermosa,  
qué hermosa que te ha hecho Dios!  
(Ahora pongo á la ventana  
una luz, así vendrá.)  
Adios.

PEDRO. Qué? te marchas ya?  
ven mañana.

GINES. Si, mañana.

PEDRO. Posible es que se arrepienta,  
caso de ser verdadero  
todo lo que afirma; pero  
quién te dice que no mienta?  
Hay tiempo de responder  
á esa carta maldecida.

GINES. ¡Este amor era mi vida  
y no he de volverla á ver!

## ESCENA XVI.

DICHOS, el MARQUÉS.

MARQ. Rosario, esa señal cierta...

ROS. Él... ay! Jesús!

(Cae dando un grito agudo, con las manos en el pecho.)

SIMONA. Qué te da?

Rosario... Rosario... está muerta!... muerta!...

PEDRO. Que está muerta?

no es posible; no respira... (Acercándose.)

Rosario, mi angustia es mucha...

escúchame... no me escucha;

mírame... ay! Dios! no me mira.

GINES. Sí, yo la he muerto, estoy cierto;  
no pudo tanta emoción

soportar su corazón,

y se rompió; yo la he muerto. (Desesperado.)

PEDRO. No tú; porque á Dios le plugo

la amaras más que á tu vida.

Usted ha sido su homicida, (Al Marqués.)

usted ha sido su verdugo:

no me mire usted así,

pues con toda esa arrogancia,

es muy grande la distancia

que media de usted á mí.

Qué ridícula figura

mirada en cualquier espejo;

quién no se ríe de un viejo

lloron por añadidura?

Pero ese viejo lloron,

con tantas ridiculeces,

tiene más que usted mil veces,

mil veces de corazón.

Marcando su impura huella,

que mancha por donde pasa,

ha infamado usted mi casa

y entrado la muerte en ella.

Ya puede usted ir su suerte

en otra parte á buscar,  
porque ahora este lugar  
pertenece ya á la muerte.  
Rosario... Helada tu mano,  
ay! Dios, quién me lo diría,  
que te sobreviviría,  
tan enfermo y tan anciano!  
Su hijo, es mi hijo...

MARQ.

PEDRO.

Qué?

Hable usted dél con respeto,  
el hijo suyo es mi nieto,  
no tiene nada de usted.

MARQ.

Muerta ya su pobre madre,  
un tierno padre seré.

PEDRO.

Con un padre como usted  
más vale que esté sin padre. (1)

MARQ.

Ah!

PEDRO.

No despreciará á quien  
desde niño le ha criado.  
Déjele usted á mi lado,  
y será un hombre de bien.  
Y huya usted, la ira me abrasa,  
ántes que cual rara prueba,  
ese cadáver se mueva  
y le arroje de esta casa;  
huya usted, ántes que tome  
la ira de Dios incremento  
y se conmueva el cimiento  
y su techo se desplome.

Tan solo hay entre los dos  
lazos de rencor y encono... (Con horror.)

MARQ.

Perdon! (De rodillas.)

(Se oye la campanilla del Santísimo Viático.)

PEDRO.

Sí, sí... yo perdono,

PERDONAR NOS MANDA DIOS.

(Se vé por la reja el acompañamiento del Viático y se oye la campanilla.)

(Ginés y Simona, junto al cadáver de Rosario; el Marqués á los piés de D. Pedro. Cuadro.)

---

(1) *Casos del mundo*, por Doña Benita Guijarco.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

### COMEDIAS.

- Mi mamá.
- Marica-Enreda. . . . . (Con D. Juan Dot.)
- Las Ferias de Madrid. (Con D. Juan Dot.)
- Cómo se rompen palabras. (Con D. Cayetano Suricalday.)
- La boda de Quevedo.
- ¡En crisis!
- Un Huesped del otro mundo.
- Con el Diablo á cuchilladas.
- El alma del rey García.
- Sin prueba plena.
- Un hombre importante.
- Don Tomás.
- El reló de San Plácido.
- La calle de la Montera.
- El querer y el rascar...
- Los infieles. (Con D. Luis Máriano de Larra.)
- El amor y la Gaceta
- El todo por el todo.
- Á la puerta del cuartel.
- El bien tardío. (Segunda parte de el Loco de la guardilla.)
- Amor, poder y pelucas.
- Amar por señas. (*Refundicion.*)
- La Oveja descarriada.
- Las dos hermanas.
- Todos al baile.
- Dos Napoleones.
- Perdonar nos manda Dios.

### ZARZUELAS.

- Zampa. . . . .
- Harry, el Diablo. (Con D. Miguel Pastorfido.)
- El último mono...
- Nadie se muere hasta que Dios quiere.
- Don Genaro.
- La edad en la boca.
- Una historia en un meson.
- El Loco de la guardilla.
- Luz y sombra.